



Punto Cero



Centro Manhattan



NUEVA YORK | VISUAL

Texto y fotografías Elkin Restrepo

Por más que se conozca, Nueva York no siempre es la misma. Todo el mundo lo sabe pero es bueno comprobarlo si la ocasión se da. Cualquier punto de vista —digamos, el del transeúnte ocioso— añade un ángulo más a su condición proteica. Un domingo en la tarde, por ejemplo, el centro de Manhattan es muy diferente al de los otros días de la semana, cuando la ciudad mantiene un equilibrio más o menos razonable entre su población y los espacios públicos: un viernes en la Quinta Avenida, a las 6 p.m., hora pico, contrariamente a lo que sucede en otras partes, el tráfico y los transeúntes fluyen sin mayores obstáculos, sosegadamente, sin pitos ni tumultos, y desde la terraza de la pirámide de cristal de la Macintosh, cómodamente sentado, se puede observar cómo la luz dorada del atardecer llega a los altos edificios, transformándolos, haciéndolos aún más hermosos, y el acontecer gratifica. Los domingos, por el contrario, son otra cosa.

Las grandes avenidas se entregan a los peatones, y la muchedumbre, con movimientos comatosos de animal prehistórico, llega entonces a Times Square, baja hasta Union Square, y se mete en el Soho y el West Village, cambiando el ritmo de la ciudad. Allí el protagonista ya es otro: la densa masa, atraída por el buen tiempo y la venta de cuanto cosa existe, y que, en últimas, constituye el mismo comercio de baratijas, comidas surtidas, cristalería, pasminas y quincaillería, que uno encuentra en cualquier villorrio. ¿Es ésta la masa, nada ideal por cierto, a la que en sus democráticos versículos cantaba Walt Whitman, el poeta-cochero de Manhattan?

Otro es el humano cuando rumia junto a la manada, otras sus apetencias. Arrastrado y casi asfixiado por su envergadura, cualquier concepto de la existencia se resiente y se torna dudoso, pronto se vuelve absurdo: si las cosas son a esta escala, nada pareciera valer la pena, se sobresalta el pensamiento. ¿Pero es así?

Washington Square



El Empire State



El Chrysler



El cielo en Soho





Desde el patio del MOMA

Sin embargo, el ambiente allí es de fiesta, de que el tiempo apenas corre, de que la variedad humana es de por sí un grandioso espectáculo y de que el domingo es el día en que el individuo descansa del agobiante trabajo de sentirse criatura única para, así sea con el pretexto de echar un vistazo al tenderete de alfombras, al mostrador de artículos de cuero, al *stand* de esculturas de bronce nigerianas, o de simplemente dejarse llevar por el remolino bullicioso y ciego, indiferente, advertir hasta dónde sólo somos una mota de polvo en medio del gran Todo, que obra aparte y para nada suele consultar sus asuntos.

Una verdad de a puño que Nueva York vuelve lisonjera, así, de empujón en empujón, yendo y viniendo, o dando vueltas en redondo, sin lograr a veces reprimir un sentimiento de pánico, te muevas quién sabe hacia dónde y realmente sin importar el por qué.

Bajo Manhattan



Puente de Brooklyn



Cascada de Nueva York, Ólafur Eliasson



Hell's Kitchen, cerca a Times Square





*

Si el domingo alcanza —el horario solar en el otoño es amplio—, cruzar el puente de Brooklyn es un buen paseo. El motivo, que tampoco se necesita, puede ser *Las cascadas (Waterfalls)*, la

obra monumental del artista vanguardista danés Ólafur Eliasson, que se encuentra ubicada en ambas orillas del East River y que es la atracción y novedad por estos días. Aunque las hileras

Kiosco en Union Square



de gente, que va y viene como por la superficie de un formicario, dificulta el paso, con riesgo incluso de que de un tropezón te tire al abismo, no hay que dejarse amedrentar, porque desde allí, desde cualquier punto o lugar de esta elevada estructura de hierro, se tiene una perspectiva completa de la isla de Manhattan. La mejor, si se quiere, de una metrópoli cuyos ángulos y focos por lo demás son infinitos.

Pero desde el puente, que hace poco cumplió ciento veinticinco años y el champagne corrió para todos, Manhattan se extiende en todo su es-



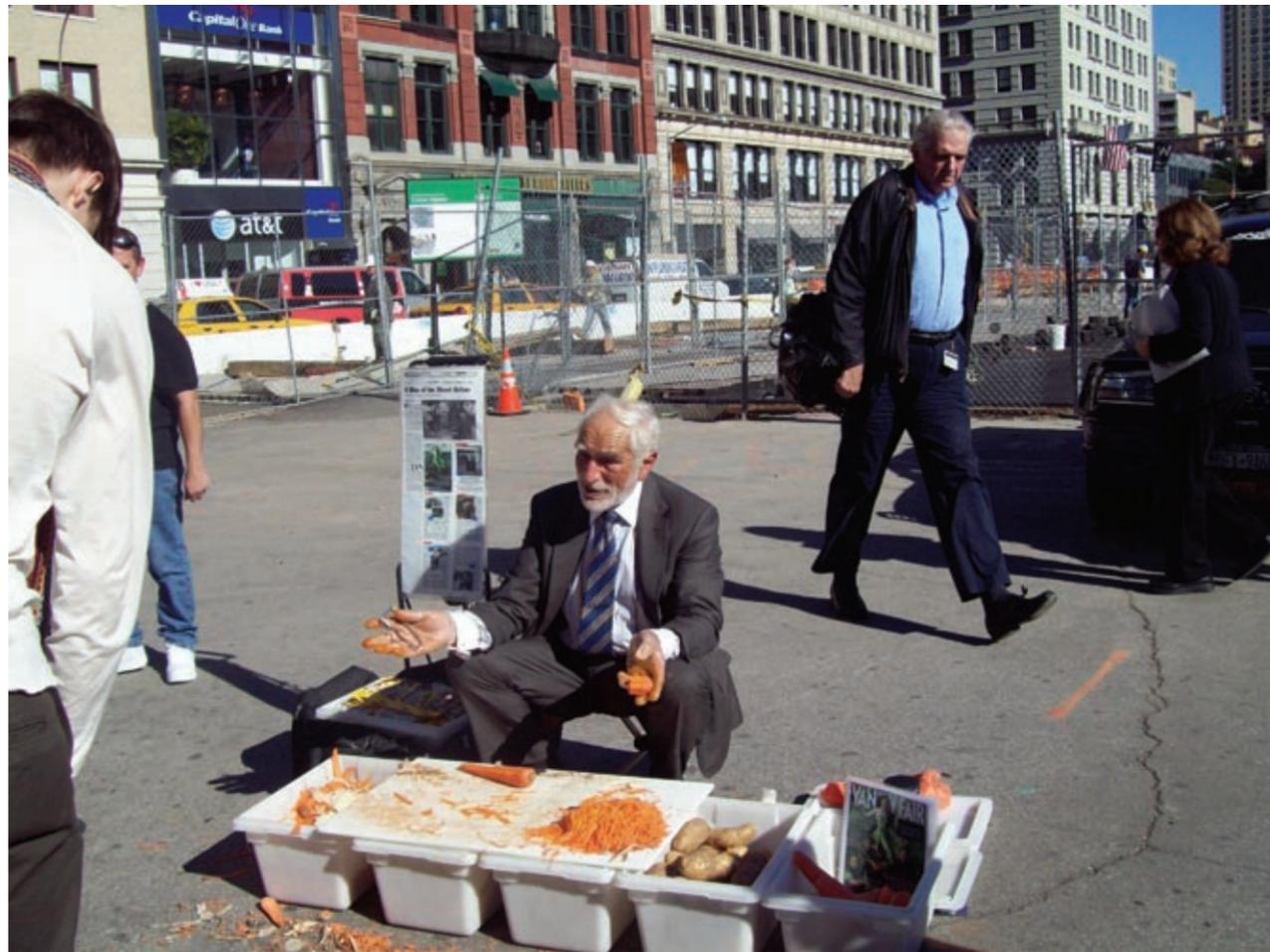
plendor, desde el puerto y Wall Street hasta Central Park y el Bronx, como un conjunto arquitectónico al que, por su diversidad, belleza y modernidad, pocas cosas se le comparan.

Detenerse un momento para mirar a cualquier lado, cerca o lejos, bajo un sol que llena de una luz granítica, incandescente, la bahía, es una expe-

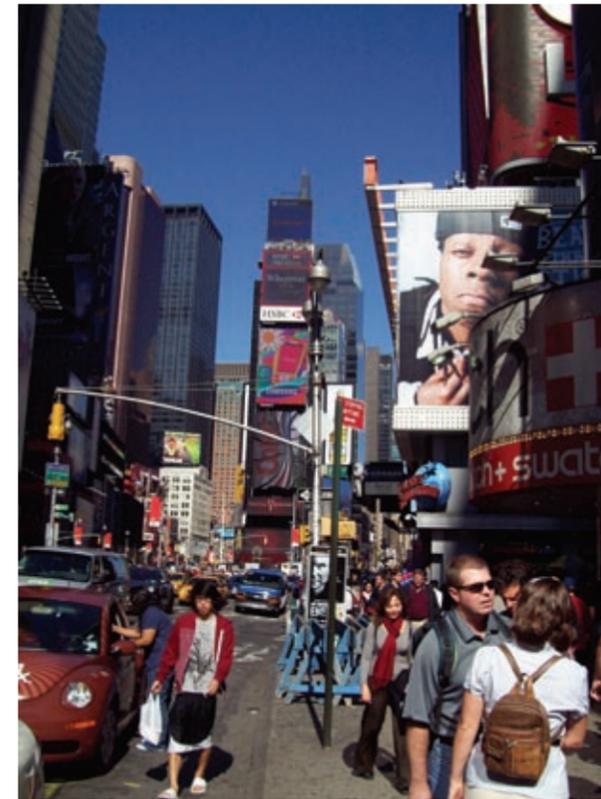
riencia que afecta los sentidos, los pocos que restan después de un día largo de andareguear.

El conjunto de sus edificios y rasca-cielos, con el Empire State y el Chrysler como puntales, su suntuosa diversidad, escalas y formas, realza la ciudad como un hecho ante todo estético, el mejor pensado y con los resultados más admirables.

Mercado en Union Square



Times Square



Times Square



La multiplicidad de diseños y niveles, fachadas, cornisas y materiales utilizados, son una página abierta y el registro mayor de una arquitectura que, impulsada por los más radicales conceptos, no olvida que lo que se construye es para la exaltación y el gozo humanos, y que primordialmente una ciudad ha de fabricarse como una obra de arte.

En Nueva York, Marcel Duchamp, el más grande artista moderno, vivió, como él lo dijo alguna vez, “la más bella de las existencias”, un mandato que allí, fácil es descubrirlo, también es ley para propios y extraños. ²¹